

## III

## REPARTO DE AMÉRICA ESPAÑOLA Y PANHISPANISMO

por el Doctor Francisco V. Silva, Correspondiente de la Real Academia de la Historia, con una introducción de Adolfo Bonilla y San Martín.

Un volumen en 8.º de xv-511 págs. Madrid, s. a.

Es este libro (cuyo merecido elogio hizo ya en la introducción, con autoridad para mí inaccesible, nuestro ilustre colega el Sr. Bonilla) uno de tantos frutos excelentes de la inquietud espiritual producida en el ánimo de nuestros contemporáneos por el espectáculo de la magna conflagración iniciada en 1914, y que sólo algunos diplomáticos se atreven á calificar de pre-térta.

Otros grandes sucesos de la Historia no tuvieron la fortuna de ser aforados con tanta exactitud por quienes los presenciaban. Bastará citar como ejemplo lo acaecido en los albores de la Edad Moderna, porque los hombres de entonces atribuyeron á la toma de Constantinopla por los turcos trascendencia mucho mayor que á la invención de la imprenta y aun al descubrimiento de América.

Característica, sintomática y aleccionadora resulta, pues, esa convicción que, expresa ó tácita, se nos muestra inequívocamente en tantas obras publicadas desde 1916 acá, de hallarse ahora las sociedades humanas en crítico período de hondísimas y fundamentales transformaciones. Cierto que los pensadores discrepan entre sí hasta extremos inverosímiles, cuando se aplican á conjeturar acerca del arcano de lo porvenir; pero convienen casi unánimes en afirmar que, de las modalidades políticas, económicas y sociales del mundo civilizado durante el siglo xix, muy pocas quedarán incólumes en el curso del xx.

La conmoción es tal, que afecta á las bases mismas del moderno Derecho público. Desde el Congreso de Viena al recientísimo de Versalles, los más conspicuos especialistas se han afanado solícitos en trazar, forjar y pulir la teoría de las nacionalidades,

esto es, la dogmatización *a posteriori* de sinceras y vehementes voluntades colectivas, derrochando el ingenio para dar consistencia científica á los sentimientos y aun á las pasiones de las muchedumbres. Impertérritos presenciaban esos doctrinarios los más desconcertadores fenómenos; mientras en la península italiana resonaba estentóreo el clamor unitario, se consumaba pacíficamente en la escandinava un divorcio por mutuo consenso. La taracea helvética constituía por espontáneo impulso una férrea nación, al par que se frustraban, una tras otra, todas las tentativas de acoplamiento en la taracea balcánica. Se proclamaba, con sospechosas salvedades, el derecho de los pueblos á disponer de sí mismos, y se combatía, lápiz en ristre, sobre el mapa extendido ante los plenipotenciarios del Congreso de la paz, para delimitar las fronteras á satisfacción de los más voraces apetitos.

La pseudodoctrina de las nacionalidades está ya muy próxima al desprestigio; porque, en efecto, la voluntad de los naturales de cada país no ha menester de disquisiciones sobre temas étnicos, históricos, geográficos ó lingüísticos, para gravitar con abrumadora pesadumbre sobre el curso de los sucesos; y las más sabias lucubraciones acerca del destino lógico de un pueblo, no tienen otro valor positivo que el de la fuerza dinámica que alcanzan.

Todavía agrava el desconcierto una confusión peculiar también de la crisis presente. Las reivindicaciones del particularismo nacionalista ó regionalista parecen fundadas y razonables en lo administrativo y quizá, además, en algunas funciones genuinamente políticas. El concepto de la patria chica aparece así substantivo y vigoroso, como jamás lo fué, y, al mismo tiempo, el de la patria grande se ensancha y agiganta de modo tal, que sólo tiene parangón en la mudanza que produjo la extensión de los límites del Estado á muchos cientos de leguas de las murallas de la ciudad metropolitana. Corrían los primeros años de este siglo, y la voz profética de Chamberlain declaraba conclusa la era de los Reinos y próxima á comenzar la de los Imperios. Lo acaecido después confirmó plenamente el sagaz augurio.

Esa llama del imperialismo fué en otros tiempos el natural re-

mate de la antorcha de la civilización. En cada época de la historia de la Humanidad hubo un pueblo que se sintió apto para servir de guía á los demás; extendió por las armas su imperio; empuñó la consabida antorcha y la mantuvo radiante hasta que otro más joven consiguió arrebatársela á sus manos caducas. Imperialismo equivale á hegemonía en potencia ó en acto, y Emperador es calificación singular, que cuando se prodiga pierde su ingenuo sentido. El que comúnmente tiene ya hoy este vocablo resulta en realidad translaticio; porque, perdido por el Estado-nación el carácter de suprema unidad política, y no constituídos todavía los nuevos núcleos organizados sobre bases más amplias que la soberanía territorial, subsistente desde los tiempos feudales, se denomina ahora imperialismo al prurito inquietador de las naciones en cuyo seno laten en gestación los futuros Estados humanos. ¿Cuál será, en definitiva, el germen fecundo capaz de producir esos tipos más selectos? ¿La unidad étnica, la histórica, la geográfica, la económica...? Las contestaciones á esta interrogante forman ya una copiosa biblioteca, donde el lector encontrará todo linaje de soluciones.

Los americanos de nuestra raza verán allí encrespados, frente á frente, al panamericanismo y al panhispanismo, y advertirán, dentro de cada cual de estos dos sistemas genéricos, multiplicidad de variedades específicas.

El libro del Sr. Silva ocupa, por derecho propio, preeminente lugar en esa biblioteca. Para nuestro autor, Don Fernando y Doña Isabel echaron los cimientos de un Católico Hispano Imperio, harto más sólido, ingente y duradero, que aquel otro Sacro Romano, regido también por la poderosa diestra del augusto nieto de entrambos monarcas. La desmembración sobrevino antes de que el coloso lograra la madura consistencia que había de ser término feliz de una evolución varias veces secular; y desde 1810, manos impías desnacionalizan á las partes viviseccionadas de ese todo orgánico, incurriendo en crimen de lesa humanidad. La urgencia de atajar tanto daño es tal, que el Sr. Silva no vacila en escribir estas líneas: «Un rasgo de gran rey equíparable á Carlos V, sería en la Católica Majestad de Alfon-

so XIII fundar la Confederación hispánica», que ha de comprender á España, Portugal, Brasil y América española.

¿Acierta ó yerra el eminente escritor argentino? Sólo nuestros nietos podrán, quizá, clasificarle con pleno conocimiento de causa entre los soñadores o entre los videntes. Pero, aun quienes en la actualidad y en lo venidero no compartan la tesis histórica ni la hipótesis política que se propugnan en las páginas de su obra, tampoco podrán excusarse de admirar la fe entusiasta del creyente, el celo ardoroso del patriota, la audacia juvenil del pensador, la sólida preparación del erudito y la pericia del expositor didáctico, cualidades todas que concurren en este libro de nuestro Correspondiente, acerca del cual me cupo la honra de haber de informar á la Academia.

Madrid, 28 de Mayo de 1920.

G. MAURA.

#### IV

##### RESUMEN RAZONADO DE HISTORIA DE ESPAÑA

*por Constantino Rodríguez y Martín-Antonio*, Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras y Catedrático de Geografía é Historia en el Instituto de Albacete.

Comprende la obra del Sr. Rodríguez todo el desenvolvimiento político y cultural del pueblo español desde los brumosos tiempos prehistóricos hasta el año 1912. Tan múltiples y variados acontecimientos están expuestos en un volumen en 4.º mayor, con una dedicatoria, dos páginas de introducción, 242 de texto, dos bibliografías (una general y otra de América) y un índice.

Diffícil es dilucidar en un epítome problemas intrincados, aún no resueltos, pero de utilidad pedagógica incuestionable, son estos compendios en que se pretende inculcar en los adolescentes las primeras nociones de Historia patria. El autor del libro que analizamos prescinde de la clásica división en edades, adoptan-